

divinamente engendrada, la única de todas las mónadas engendradas divinamente que ha cometido una apostasía.

Son de la otra categoría todas las demás mónadas del mundo, las *mónadas creadas divinamente*. Cada una de ellas puede aprehender el misterio de su creación por Dios; aunque, desde luego, habiendo llegado a un peldaño de ascenso extraordinariamente alto.

El Logos Planetario es la gran mónada divinamente engendrada, la mente divina de nuestra branfatura, la antiquísima, la primera de todas sus mónadas. Se distingue de todas las demás por expresar –como el Verbo expresa “Al Que Habla”– a una de las hipóstasis de la Trinidad: el Dios–Hijo. El Logos de Shadanakar realiza un camino –totalmente inconcebible para nosotros– de ascenso y creación por la escala cósmica; y sin una mónada como ésta no hay ni puede haber branfatura alguna, salvo las demoníacas. Porque una mónada así surge en cada branfatura en sus albores, y durante todo el devenir de todas sus sacualas sigue siendo el centro de las Fuerzas Providenciales y del Espíritu Divino.

El Logos Planetario descendió a Shadanakar apenas la materialidad de la branfatura, creada por las jerarquías, fue capaz de darle cabida. La capa donde bajó al comienzo se convirtió, posteriormente, en IroIn. Con la creación del Logos esta capa fue preparada para acoger una multitud de jóvenes mónadas divinamente creadas; pero ello no pudo preservar a Shadanakar de la invasión de Gagtungr. El Logos Planetario y multitudes de mónadas luminosas tuvieron que librar un combate con él. Se estaban creando las maravillosas leyes del mundo, ajenas al sufrimiento, a la muerte y a toda tiniebla.

La primera humanidad –angelical– debe su origen al Logos Planetario y a Lilith, cuya entidad aún estaba libre del *eizehore* demoníaco. Al mismo tiempo, con la lucha incansable contra el campo demoníaco, se creaba Olirna; y también se creaban las sacualas de Alto Deber, de las Grandes Jerarquías, de los Elementales Supremos; y se preparaban las capas que serían sacualas de las irradiaciones de otros planetas, del Sol y Astrafayr.

Algunas capas creadas entonces ya no existen: por ejemplo, las capas donde subían en aquella época los hombres–ángeles al lograr la

iluminación. Y como la materialidad de estos entes no estaba envenenada por ningún *eizehore*, el ascenso de la humanidad angelical no se ensombreció con caída alguna.

Como noción del pecado original debe entenderse lo que ocurrió entre Lilith y Gagtungr cuando éste irrumpió en su mundo. Desde entonces la semilla satánica, el *eizehore*, está presente en todos los seres cuyas cadenas de familia, densamente materiales, se hayan creado con participación de Lilith. En los seres demoníacos el *eizehore* domina hasta a las mónadas; y en los demás, en el peor de los casos, alcanza hasta los sheltes. En cuanto a la leyenda de Adán y Eva, tiene tan confundidas todas las capas, tiempos y jerarquías, que es mejor no tocar esa tradición en absoluto. En todo caso la expiación general, o sea la iluminación de todos los *eizehores*, se habría realizado finalmente por Cristo, de no haberse interrumpido Su misión en Enrof.

Reflejando, como en un espejo, el descenso de las mónadas angélicas a Shadanakar, Gagtungr creó una capa de materialidad densa donde encarnaron seres demoníacos menores, los que con el tiempo serían monstruos de nuestros días: uizraores, velgas, ryfras, igvas, ángeles de las tinieblas, etc.

Paralelamente al ascenso de la humanidad angelical, comenzó a surgir la vida orgánica en el Enrof destinado al reino animal, reino que se concebía como una comunidad grandiosa de mónadas nuevas, jóvenes, creadas o en vías de creación por Dios, que descenderían a las capas de materialidad más densas para iluminarlas.

Cuando Gagtungr logró torcer las leyes de la vida en Enrof e imponer su garra en el mundo animal, y así volcar el designio Providencial, el Logos Planetario creó la segunda humanidad, los titanes, con el mismo destino de todas las comunidades de la Luz: iluminar la materia. Estos seres debían pasar con el tiempo a Enrof y dirigir allí los procesos iluminadores del reino animal, y de algunos elementales demoníacos o atrasados.

La rebelión y la caída de los titanes fue una nueva catástrofe. El derrumbe de la segunda humanidad causó en Gagtungr el mayor aumento de su poderío que jamás haya experimentado. Y si el reino animal sólo fue refrenado en su desarrollo y los titanes precipitados a los mundos

de Castigo, saliendo luego de allí, la humanidad Lunar –creada por el Logos Planetario y Sus fuerzas después de los titanes– sufrió un golpe más demoledor aún: al pasar la fase de la demonización de casi todos sus sheltes, desapareció de la faz de Enrof por completo. Esto sucedió hace unos 800.000 años, cuando en el Enrof terreno el hombre comenzó a destacarse del reino animal y, en otras capas tridimensionales, el Logos Planetario y Su campo crearon la humanidad de los daimones.

La creación de los daimones se debió a la necesidad apremiante de reforzar el campo de la Luz y al hecho de que nuevas y nuevas miríadas de mónadas, que salían del Seno Paterno, buscaban vías de descenso a las capas densamente materiales para iluminarlas. No se encomendó a los daimones la tarea de iluminar el reino animal –sus capas no tienen ninguna relación con los animales– pero iluminar los elementales atrasados sigue siendo una de sus tareas.

En cuanto a los llamados albos de la humanidad, es decir, la era en que la humanidad se destacaba del reino animal, fueron unos tiempos muy tristes y sombríos. A la humanidad de la edad cavernaria se la puede y debe compadecer, pero sin idealizarla: fue cruel, baja y burdamente utilitaria. No conoció absolutamente nada espiritual, a excepción de la magia, la cual es utilitaria y codiciosa por su misma esencia. Una minoría microscópica iba madurando lentamente el sentido de los Grandes Elementales, que nadie comprendía, y así fueron apareciendo los primeros retoños del sentido de lo bello. La primera sensación masiva del lado transfísico de las cosas fue la vivencia del *arungvilita-prana*, esparcida por doquier.

La lenta filtración de lo espiritual en la esfera de la conciencia iba de milenio en milenio, gota a gota; a veces al cabo de siglos se acumulaba en el subconsciente cierta carga de energía, cierto quanto espiritual, hasta que de pronto irrumpía en el alma y la mente de una personalidad. Eran los primeros hombres de misiones luminosas, una suerte de mensajeros. En torno a ellos se creaban pequeñas comunidades, se abrían los tramos inmediatos de las sendas de perfeccionamiento. No es fácil marcar en el tiempo su inicio, pero en todo caso ya se notan avances a fines del Cromagnon. Luego hubo un largo retroceso, después

nuevos destellos en el continente Americano y por fin, poco antes de formarse la cultura Atlántica, se unieron ya en hilos continuos de luz.

La muerte de la Atlántida amenazó a toda la espiritualidad lograda en aquellos tristes siglos. Sin embargo se pudo llevar un hilito finísimo a Africa y, por medio de la cultura Sudanesa, entregarlo a Egipto. Se tendió otro hilito a América. Llegaron siglos de conmoción dolorosa para todas las fuerzas de la Luz, porque el empuje de las tinieblas era tal que el hilito a veces encarnaba en un solo hombre en la tierra. ¿Es fácil imaginar su inigualable soledad y el desenfreno de las tinieblas ávidas de destruirlo? Se podrían dar algunos nombres raros, desconocidos, pero mejor diremos que los que fueron mensajeros y héroes del espíritu en los albores sangrientos de la humanidad, luego trenzaron, en sus ulteriores guirnaldas, las más espléndidas y relucientes flores cuyos nombres hoy conoce cualquiera. Son Akenatón, Zoroastro, Moisés, Oseas, Buda, Mahavira, Lao-tse, el apóstol Juan.

El que más tarde sería Gautama Buda resistió una batalla especialmente encarnizada. Sucedió en una tribu negra en la zona del lago Chad, cuando la cultura Sudanesa aún no existía y el fuego –cada vez más pálido– de la sabiduría y la espiritualidad Atlántica sólo se mantenía en el alma de este único hombre. El hilo entregado a América se rompió y él era la única vela del espíritu en el Enrof del globo Terráqueo. En criterios posteriores aplicados a profetas y mensajeros no resultó tan brillante; pero estaba solo y con ello todo está dicho. El Sincretis de la Atlántida estaba demasiado lejos, geográficamente, para darle ayuda eficiente; no sabía aún percibir la ayuda de otras fuerzas de la Luz con su desvelada conciencia diurna y creía estar resistiendo absolutamente solo la interminable contienda contra la oscuridad. Por suerte, en el ocaso de aquella encarnación suya tuvo unos discípulos dignos y la causa fue salvada. En ello consiste lo increíble de su gesta: ¡sin el Sincretis!

En Jeram, mundo de los daimones correspondiente a nuestro Enrof, el Logos Planetario encarnó hace unos 10.000 años, cuando aquí floreció la Atlántida. Gagtungr no pudo interrumpir o distorsionar su misión en el mundo de los daimones, ni tampoco eliminar físicamente Su encarnación antes de que cobrase toda la plenitud de las fuerzas del Logos; el

camino del Logos en el mundo de los daimones fue su apoteosis, y toda aquella sacuala emprendió la senda de iluminaciones sucesivas. La tarea del Logos en el mundo de los daimones fue similar a Su misión posterior en nuestra humanidad; pero allí la llevó hacia un triunfo final, posibilitando la evolución acelerada de aquella sacuala.

Antes de encarnar en una forma que reflejase plenamente Su esencia, el gran Espíritu realizó un descenso preparatorio hace unos 7.000 años, en Gondvana, donde fue gran maestro. Sin embargo, la humanidad aún no estaba preparada para percibir la espiritualidad que se vertía a través del Logos encarnado. Sólo se fundó una doctrina esotérica honda y muy pura, fueron sembradas las primeras semillas que los vientos de la historia llevaron al suelo de otros países y culturas: India, China, Irán, Babilonia. La encarnación del Logos en Gondvana no tenía aún la plenitud que se manifestó más tarde en Jesucristo; en el fondo, fueron unos preparativos.

El pueblo, la cultura, y el país que debía ser escenario de la vida de Cristo no se definieron, desde luego, de una vez. Como una condición indispensable se necesitaba un monoteísmo preciso, no profesado por unos pocos, sino percibido ya por la gran masa del pueblo. Sin ello no existiría la base psicológica necesaria para acoger la revelación del Dios-Hijo. Pero las condiciones geográficas e históricas que determinaron el carácter cultural y religioso de los pueblos de la India y China no dejaron a la idea monoteísta métodos para penetrar en la conciencia de las masas populares. Tanto la doctrina monoteísta de Lao-tse como las mismas tendencias en el brahmanismo seguían siendo doctrinas casi esotéricas. Se limitó prácticamente a los arrobos espirituales de algunas almas sublimes y a especulaciones teosóficas solitarias.

Sin embargo, el inigualable talento religioso de los pueblos de la India condicionó que percibiesen la revelación de muchas Grandes Jerarquías y crearan un Sincretis incomparablemente más numeroso que cualquier otro. Pero el poderoso panteón de la India parecía eclipsar la realidad aun más alta de la Salvatierra Mundial. La conciencia religiosa hindú se habituó, desde hace mucho, a representar a las jerarquías encarnadas en forma humana y hasta animal; por eso no habría sido capaz de percibir el hecho absolutamente excepcional y peculiar del

Logos Planetario humanado, hecho total y esencialmente diferente a los avatares de Vishnú o a las encarnaciones de cualquier otra fuerza luminosa.

El budismo, poderoso en su aspecto ético, evitaba plantear con precisión el problema del Absoluto. Buda, igual que Mahavira, creía que en la causa de la salvación el hombre debía valerse sólo de sí mismo. En esta equivocación se expresó lo negativo de la terrible experiencia espiritual que él había adquirido durante su solitario arder en plena noche planetaria, experiencia que emergió en su memoria cuando encarnó como Gautama pero que, por lo visto, no supo comprender por completo. Sea como sea, la doctrina budista, que eludía dirigirse al Uno, con su amplia difusión en la India eliminó a este país definitivamente de la lista de los posibles escenarios para la encarnación del Logos Planetario.

En el siglo XIV antes de nuestra era se intentó, por primera vez en la historia mundial, convertir un monoteísmo solar claramente formulado en la religión de todo el pueblo. Sucedió en Egipto, y la gigantesca figura del faraón reformista se alza hasta hoy sobre el horizonte de los siglos pasados como símbolo de uno de los primeros profetas en la historia. Qué soledad total debía sentir ese genial poeta y profeta al concluir su inspirado himno a la deidad Una con esta trágica lamentación: «¡Y nadie Te conoce, sólo Tu hijo Akenatón!».

Por cierto, no se debe entender esta lamentación en el sentido absolutamente textual: hubo al menos una persona que compartía su soledad. Es difícil sobreestimar el papel desempeñado por la reina Nefertiti, su esposa, como inspiradora y copartícipe de la reforma religiosa. Esta admirable mujer pasó por las arenas doradas de su país como enviada de la misma luz celeste que su marido. Y hace tiempo que ambos, unidos con lazos indisolubles en la creación y el amor divino en todos los caminos, alcanzaron los más altos mundos de Shadanakar.

El intento de Akenatón fracasó, como es sabido. No sólo el culto que fundó sino el nombre mismo del reformador fue borrado de los anales de la historiografía egipcia; la verdad histórica fue restituida sólo a fines del siglo XIX, con esfuerzos de los arqueólogos europeos. Con el derrumbe de este proyecto y el dominio largo y estable del politeísmo,

también Egipto se excluyó como posible escenario para la encarnación de Cristo.

Tampoco pudo evolucionar a un monoteísmo claro el mazdeísmo en Irán. El colosal trans-mito de esta religión no cupo en su mito, ni siquiera en mínima parte. La responsabilidad no es, lógicamente, de sus fundadores, porque ellos, en primer término el propio Zoroastro, prepararon una reforma religiosa de capacidad suficiente para un contenido inmenso. La culpa es de los uizraores de Irán y de su shrastre. Su reflejo en Enrof –el imperio de los Aqueménidas– supo frenar todo desarrollo espiritual, osificar las formas religiosas del mazdeísmo, ahogar su mística, petrificar su ética, no encauzar hacia la religión sino hacia ellos mismos todo el flujo estético, y orientar la energía anímica del suprapueblo hacia la creación de un Estado imperial. Cuando ese imperio al fin sucumbió, y el Alma Conciliar de Irán fue liberada por algún tiempo, ya habían pasado los plazos necesarios. La religión de Mitra que se difundió entonces lleva la huella de una creación demasiado apresurada, de una revelación demasiado imprecisa.

La mirada del Observador se detuvo por fin en el hebraísmo. Un estudio metahistórico de la Biblia permitiría descubrir cómo se inspiraban los profetas por el demiurgo de este pueblo; cómo percibieron su voz, aunque bastante distorsionada, los autores de los libros de Job, Salomón y Jesús de Sirá; cómo se mezcló primero a esta revelación, rebajándola, la inspiración proveniente desde Shalem del elemental del monte Sinaí, espíritu severo, cruel y tenaz; y cómo luego los libros del Antiguo Testamento empiezan a ensombrecerse cada vez más con las notas de ira, rabia, belicosidad y exigencia despiadada: entonaciones características de los uizraores. Pero el monoteísmo, como religión de todo el pueblo, era necesario y –precisamente en este caso, no obstante las negativas influencias– fue dado; éste es el mérito histórico y metahistórico del hebraísmo. Es importante que, pese a las incontables imposturas, pese a las confusas instancias que inspiraron la mente y la voluntad creadora de los artífices del Antiguo Testamento, la religión monoteísta no fuese derrumbada. Y bajo el “Yo” de los libros bíblicos puede entenderse, aunque no siempre, el Altísimo.

En cuanto el conocimiento metahistórico permite comprender las tareas que tuvo Cristo en Su vida terrena, pueden definirse, por ahora, de la manera siguiente: iniciar a la humanidad en la idea del Universo Espiritual, en vez de que conjeturara al respecto con ayuda de la filosofía especulativa y presentimientos solitarios; abrir en el hombre los órganos de la percepción espiritual; superar la ley de la lucha mutua por la supervivencia; romper el anillo férreo de la Ley del Karma; suprimir en la sociedad humana la ley de la violencia y, por consiguiente, los Estados; convertir la humanidad en hermandad; superar la ley de la muerte, sustituyendo la muerte por la transfiguración material; elevar a los hombres al peldaño de la humanidad deificada.

¡Oh!, Cristo no debía morir; no sólo de muerte violenta, sino tampoco de muerte natural. Después de vivir muchos años en Enrof y resolver las tareas para las cuales había adoptado esta vida, le esperaba la trans-formación y no la muerte, la transfiguración de toda Su entidad para Su tránsito a Olirna ante los ojos del mundo. De haberse concluido, la misión de Cristo habría permitido, en dos o tres siglos, instaurar en la Tierra la Iglesia–Hermandad ideal disolviendo los Estados con sus guerras y bacanales sangrientas. El número de víctimas, la suma de sufrimientos y los plazos del ascenso de la humanidad, se habrían acertado inmensamente.

Antes de que Cristo fundara la Iglesia en Enrof, las potencias de la Siempre Virgen–Madre, otra hipóstasis de la Trinidad, se vertieron en los mundos superiores de Shadanakar. Este efluio de la Feminidad no fue personal ni consistió en el descenso de alguna mónada divinamente engendrada. Tampoco fue la primera vez en el tiempo, porque la primera vez que la Feminidad se derramó en Shadanakar –durante la existencia de nuestra humanidad– fue 14 o 12 siglos antes de aquello.

El eco de la comprensión intuitiva de este hecho puede hallarse en algunos mitos en los que, por cierto, se funde con las tradiciones sobre los sacrificantes descensos de las Almas Conciliares de suprapueblos a las capas oscuras, tal como lo vemos en el caso de Babilonia. Esto ocurrió dos veces en Babilonia. Y la segunda vez, justamente en la época de esta primera y generosa efusión de la Feminidad, fue cuando encarnó

en forma humana la más luminosa de las mónadas divinamente creadas, que luego sería la Madre del Logos Planetario en la tierra. Aquella vez su camino en la vida se enmarcó en un pequeño poblado, en Senaar; allí fue una gran mujer justa y murió ejecutada. En el momento de su muerte la Femenidad Mundial iluminó toda su entidad, predestinando así que fuese más tarde la Madre de Dios.

Anteriormente, antes que en Babilonia, vivió en la Atlántida, donde fue una mujer sencilla y hermosa, madre de muchos hijos; y antes de la Atlántida, en los albores mismos de la civilización humana, encarnó en un pueblecito de Centroamérica. Este pueblecito quedó totalmente olvidado y sus pobres restos jamás serán extraídos debajo de los matorrales tropicales de Honduras o Guatemala. Antes de aquello, en la época de las sociedades primitivas, la mónada de la futura Madre de Dios no había nacido todavía en forma humana.

La segunda bajada de las potencias de la Femenidad Mundial a Shadanakar ablandó en Enrof, a modo de un eco, la pétreo entidad anímica de muchos humanos: sin eso habría sido imposible la fundación de la Iglesia en la tierra por Jesucristo. Las iglesias cristianas, en la forma interrumpida e inconclusa que conocemos por la historia, no son sino reflejos pálidos, embrionarios, limitados y deformados de la Iglesia de Shadanakar que permanece en las capas supremas.

Entre los 14 y 30 años de edad, Jesús estuvo en Irán y en la India, donde atravesó la sabiduría más honda lograda entonces por la humanidad y la dejó muy atrás.

¿Por qué no expuso Jesús su doctrina en forma escrita? ¿Por qué prefirió confiar esta tarea a sus discípulos? Los evangelistas, aun estando infusos, no dejaban de ser humanos. Y el gran enemigo estuvo alerta: en los libros del Nuevo Testamento se distingue, claramente a veces, su roce distorsionador.

Pero Cristo no podía expresar su doctrina en un libro porque no fueron doctrina sólo sus palabras, sino también toda su vida. Fueron doctrina: la inmaculada concepción y su nacimiento en la quieta noche de Belén, alumbrada por el canto de los Ángeles; su plática con Gagtungr en el desierto y sus peregrinaciones por los caminos de Galilea; su

pobreza y su amor, sus curaciones de enfermos y resurrecciones de muertos, el caminar por las aguas y la transfiguración en el monte Tabor, su martirio y resurrección.

Una doctrina así podía exponerse, aunque con lagunas y errores, sólo por los testigos vivos de este divino camino de la vida. Pero en las lagunas se deslizó el enemigo tradicional y, penetrando en la conciencia humana de los autores del Evangelio, supo torcer muchos testimonios, desfigurar y oscurecer ideas, rebajar y limitar el ideal, hasta atribuir a Cristo palabras que el Salvador del mundo no podía haber dicho.

Carecemos aún de métodos para separar en el Evangelio lo auténtico de lo erróneo; no hay criterios exactos, pruebas evidentes. Cualquiera que lea el Nuevo Testamento debe recordar sólo que la doctrina de Cristo es toda su vida, no las palabras únicamente; y, en las palabras que se le atribuyen, es verdadero todo cuanto concuerda con el espíritu de amor y erróneo todo lo marcado por el espíritu temible e implacable.

No es fácil decir en qué momento de la vida terrena de Jesús nació la inquietud en su alma, la duda de si era factible cumplir su misión en toda plenitud. Pero en el último período de su misión evangelizadora se trasluce cada vez más nítidamente en sus palabras –por lo que sabemos del Evangelio– que está preparado para que el señor de las fuerzas tenebrosas pueda triunfar parcial o provisionalmente. En efecto, la forma visible de este triunfo parcial fueron la traición de Judas y el Calvario.

El motivo subjetivo de la traición de Judas consiste en que Cristo, con su encarnación, destruyó en el alma de Judas el sueño hebreo sobre el Mesías como rey nacional, señor del mundo. Este sueño ardió con fervor en el corazón de Judas toda su vida hasta el día de su encuentro con Jesús, y fue una gran tragedia para él el derrumbe de aquel sueño. No tuvo ninguna duda de la divinidad de Cristo y su traición fue un acto de odio mortal, un deicidio totalmente consciente. Las treinta monedas, el aparente motivo de codicia, fue sólo un camuflaje apresurado: ¡no podía revelar ante los hombres los genuinos motivos de su fechoría! Y el carácter de estos motivos lo condujo a ese castigo kármico tan increíble y grave como lo fue su precipitación a Zhursch.

Ello explica la inmensa importancia de los sucesos ocurridos en Jerusalén después de que Jesucristo entró triunfalmente en esta ciudad. Para entonces el Logos Planetario aún no podía preparar su cuerpo encarnado para la trans-formación o transfiguración, y el Calvario lo condenaba a una penosa muerte humana. No quiso evitar la ejecución aunque podía: habría sido una retirada y, además, Gagtungr le habría matado poco más tarde. Pero después de la muerte le fue posible una trans-formación de otro tipo: la resurrección. Y entre estos dos actos ocurrió, estremeciendo Shadanakar, su descenso a los mundos de Castigo y la apertura de sus puertas eternamente cerradas. Ello, en verdad, le granjeó a Jesús el nombre de Salvador.

Atravesó todas las capas de los magmas y el núcleo; tan sólo no se le franqueó el umbral de Sufetj. Todos los demás umbrales se movieron, se arrancaron los cerrojos, los atormentados fueron levantados: unos a los mundos de Iluminación, otros a los shrastres, o a las capas superiores de Castigo, las cuales empezaron a reformarse de abismos con penas eternas en purgatorios provisionales. Así se dio inicio a la gran moderación de la ley del Karma, en progresivo aumento posterior.

El cuerpo físico del Salvador, yaciendo en la sepultura, se iluminó; y, recobrando la vida, entró en otra capa más alta de la materialidad tridimensional: en Olinra. Las propiedades de su carne notadas por los apóstoles entre la resurrección y la ascensión –la facultad de atravesar objetos de nuestra capa y a la vez ingerir alimentos, la facultad de salvar el espacio a velocidad increíble, etc.– se explican con esto.

Y la siguiente trans-formación, descrita en el Evangelio como la ascensión, no fue sino el tránsito del Salvador de Olinra hacia arriba, a la siguiente capa que existía entonces. Algún tiempo después condujo por la trans-formación a la Madre de Dios, María, y varios decenios más tarde al apóstol Juan. En lo sucesivo, se realizarían también trans-formaciones de algunas otras grandes almas humanas.

En ascenso gradual, de potencia en potencia, el Resucitado encabeza ya durante diecinueve siglos la lucha de todos los principios luminosos de Shadanakar contra los principios demoníacos. En los primeros siglos del cristianismo fueron creadas nuevas capas iluminadoras –Fayr, Nertis, Gotimna, luego Usnorm– acelerando el tránsito por esta sacuala de

muchos millones de seres que se iluminan. A través de las iglesias cristianas se vertía un poderoso flujo de espiritualidad, sutilizando e iluminando cada vez más almas humanas; surgieron y florecieron los zatómises brillantes de las metaculturas cristianas, con sus Sincretis multitudinarios y cada vez más luminosos. El grandioso proceso reformador de los abismos de tormentos en purgatorios ha llegado, en nuestros tiempos, apenas a la mitad de su camino: debe transformarse la sacuala de los Magmas, y los mismos purgatorios cambiarán poco a poco aun más. El elemento de castigo, para ellos, se anulará por entero; para almas con cuerpo etérico agravado, el castigo se sustituirá con la ayuda espiritual de los Sincretis, semejante sólo a un tratamiento, no a la punición.

En estos siglos, la Madre de Dios María ha cumplido ya su ascenso de mundo en mundo. Socorredora de todos los afligidos, en especial de cuantos penan en los infiernos, Intercesora Universal y Gran Dolorosa por todos y todo, al igual que su Hijo permanece en la Salvatierra Mundial, adoptando, para bajar a otras capas, un revestimiento etérico luciente.

El Salvador, que permanece como Logos Planetario en el palacio interior de Salvatierra, ya hace muchos siglos que tiene el poder para revestirse de cuerpos etéricos luminosos que Él mismo crea: así desciende a los zatómises y se comunica allí con los Sincretis de las metaculturas. Su poder ha crecido inmensamente; sin embargo aún no podemos percibir el significado de los procesos operados en estos dos milenios en los mundos supremos de Shadanakar, aunque desde el punto de vista de la metahistoria entrañan, evidentemente, lo más importante.

Pero si la lucha librada por Jesucristo en el más allá contra las fuerzas demoníacas se ha marcado con varias victorias mundiales, lo inconcluso de su misión en Enrof se ha manifestado en inmensa multitud de efectos trágicos.

La doctrina misma resultó torcida, confundida con elementos del Antiguo Testamento, con aquellos, precisamente, que se superaban por la vida de Cristo y que se habrían superado definitivamente de no haberse cortado esta vida. La particularidad básica de esos elementos consiste en aportar a la imagen de Dios rasgos de un juez temible e

implacable, hasta vengador, y en atribuirle las inhumanas leyes de la naturaleza y del castigo moral. Esta antigua impostura constituye un importante freno en el camino ascendente del alma: la confusión de lo divino con lo demoníaco, en la conciencia, hace acostumbrarse a la idea de lo justificadas, sempiternas e inmutables que son las leyes por las que responde Gagtungr y que deben aliviarse, espiritualizarse, cambiarse de raíz. Este nivel rebajado del entendimiento ético hace, naturalmente, que la atención se concentre en la salvación personal, mientras se paraliza el impulso de compasión social y la activa aspiración a iluminar el mundo.

El hecho de que la misión de Cristo ha quedado inconclusa se manifiesta también en que el principio material, en cuanto a la naturaleza, y el carnal, en el hombre, no llegaron a iluminarse a nivel universal como estaban predestinados, iluminándose sólo la entidad del Cristo mismo. Así pues, la iglesia cristiana expulsó estos principios no iluminados del ámbito de lo que abrazaba, lo que aceptaba y bendecía.

Los sacramentos del bautismo y comunión separaron al neófito de su propia cultura pagana, que justificaba el principio carnal absolutizante, sin ofrecerle nada a cambio. Esa tendencia ascética del cristianismo, apenas moderada por la institución del sacramento del matrimonio, esa polarización de los conceptos de “espíritu y carne” que el cristianismo trajo a todas las culturas que abarcó, condujo, al fin, a la era irreligiosa de nuestra civilización. Todo eso no fue una simple casualidad o, al menos, un fenómeno aislado del plano histórico; al contrario, reflejó la particularidad propia del cristianismo en su destino metahistórico, particularidad predeterminada justamente por el carácter inconcluso de la misión de Cristo en Enrof.

Y lo principal es que en Enrof no se dio ningún cambio radical. Las leyes siguieron siendo leyes; los instintos, instintos; las pasiones, pasiones; las enfermedades, enfermedades; la muerte, muerte; los Estados, Estados; las guerras, guerras; las tiranías, tiranías. La formación de la iglesia, en una humanidad abrumada por todo ello y desprotegida de las inspiraciones oscuras, no podía llevar al elevado progreso espiritual y moral que habría ocurrido si Gagtungr no hubiera cortado

la vida de Cristo. Por eso, durante los diez y nueve siglos siguientes, la humanidad ha seguido por un camino sinuoso, zigzagueante, desigual y unilateralmente limitado: la resultante entre la labor de los Principios Providenciales y la furiosa acción de Gagtungr.

El carácter mediatizado de su triunfo sumió al gran demonio por mucho tiempo en un estado no comparable con ninguno de los estados humanos sino con la furia extrema. Este desenfreno llegaba también a Enrof, provocando conmociones inusitadas en la superficie de la historia mundial.

La sucesión de los tiranos-monstruos en el trono del Imperio Romano que marcaron el siglo I de la nueva era, sus ferocidades imposibles de comparar con nada anterior o posterior, su sed de sangre ajena a toda interpretación racional, su soberbia, su rabia, su ingeniosidad inhumana para inventar nuevos métodos de tortura, la horrible distorsión de su impulso creativo que les empujaba a edificar construcciones de inaudita grandiosidad, las cuales, o bien complacían los instintos más bajos de las masas, como el Coliseo, o bien eran absolutamente absurdas, como las disparatadas empresas de Calígula. Todo ello son ecos del desenfreno de quien vio al eterno adversario, aunque detenido momentáneamente en Su camino, hacerse cada vez más poderoso.

Ya unos siglos antes de Cristo, Gagtungr pudo encontrar un arma imponente: hacer encarnar en capas respectivas a ciertos entes demoníacos de enorme magnitud, e iniciar en Babilonio-Asiria y Cartago la primera dinastía de uizraores.

Uno de sus vástagos, el uizraor del hebraísmo, ayudó a conciencia a su señor en la lucha que éste libró contra Cristo durante la vida del Salvador en Enrof. Sin este uizraor difícilmente se habría podido apoderar plenamente de la voluntad de Judas Iscariote y de muchos pastores del hebraísmo, que creían proteger los intereses de su pueblo con la persecución y la ejecución de Cristo.

Además, el “Espíritu Inteligente” se daba perfecta cuenta de que si creaba dos, tres, varios seres rapaces en el mismo plano, en la misma capa, según la ley de la lucha por la supervivencia triunfaría el más fuerte, hasta que el finalista en la lucha expandiera su poder, en un futuro, a todos los shrastres, y el poder de sus instrumentos humanos

a todo el Enrof terrenal. Así lo prepararía todo para una tiranía absoluta. En cumplimiento de esa idea creó dinastías de uizraores también en Irán y Roma, y ésta última resultó ser más fuerte que otras.

Parece que en el siglo I, ya después de la resurrección de Cristo, la mayor esperanza de Gagtungr se depositó justamente en Forsuf, el uizraor de la potencia mundial Romana. Es más: parece que ni las fuerzas de los Sinclētis estaban seguras de si la furia de Gagtungr, que duplicaba sus propias fuerzas, no llevaría, en un futuro próximo, a la venida del anticristo, reduciendo así los plazos del primer eón, multiplicando de esta forma el número de las víctimas espirituales a niveles inconcebibles y complicando al máximo las tareas del segundo eón. Esa inquietud explica el ánimo apocalíptico, o más correctamente escatológico, la espera del fin del mundo en días no lejanos, que embargó a las comunidades cristianas y a los hebreos en los primeros decenios después de la resurrección de Cristo. Por suerte, estos temores no se justificaron: las fuerzas de Gagtungr sólo bastaron entonces para provocar los desenfrenos sangrientos, fantástico-absurdos, de los césares, y algunos intentos de eliminar la iglesia cristiana físicamente. Pero ya a mediados del siglo I se esboza también otra línea en la acción de Gagtungr.

Aprovechando que la misión de Cristo en Enrof quedó inconclusa, y por tanto la iglesia que fundó, en vez de lograr la apoteosis universal, apenas subsistía en escasas y pequeñas comunidades, aplastada bajo las pesadas instituciones estatales que crearon los uizraores y bajo las rutinarias moles de mentalidades que ellos irradiaban, las fuerzas de Gagtungr empiezan a inmiscuirse en la vida de la propia iglesia.

Se destaca una personalidad resuelta –muy dotada y muy sincera en su aspiración hacia Cristo– que une la insistencia hebrea y su agresiva severidad con la conciencia jurídico-reflexiva de un ciudadano romano. Este hombre era portador de cierta misión, sin duda luminosa, pero las reseñadas cualidades personales y hereditarias deformaron su propia comprensión de esta misión. En vez de continuar la causa de Cristo, en vez de afianzar e iluminar la iglesia con el espíritu de amor, y sólo con este espíritu, el decimotercer apóstol despliega una actividad organizativa amplísima y enorme, cimentando las dispersas comunidades

con estatutos estrictos, con el poder unipersonal riguroso y hasta con el miedo, porque el peligro de ser expulsado del seno de la iglesia en caso de desobediencia generaba un miedo espiritual. El que el apóstol Pablo nunca viese a Jesucristo en Su vida, y careciese por lo tanto de toda la gracia que emanaba directamente de Jesús, es una circunstancia no menos significativa que la otra: el apóstol Pablo no experimentó, como los demás apóstoles, el descenso del Espíritu Santo. Y, sin embargo, los demás apóstoles parecen relegarse al segundo plano, cada uno reduce su actividad a las tareas locales, a la creación de las comunidades cristianas en uno u otro país, mientras Pablo, carente de gracia, se erige paulatinamente en figura central que se eleva sobre todas las comunidades, que las une a todas y les dicta a todas lo que cree continuación de la causa de Cristo. Ésta fue quizás la primera manifestación evidente de la resolución de Gagtungr de cambiar radicalmente su plan demoníaco.

A fines del siglo I cambia de súbito todo el ambiente en la cúspide del Estado romano. El último monstruo entronado, Domiciano, cae víctima de los conspiradores. La era de los desenfrenos de los césares termina bruscamente. Luego, durante un siglo entero, se suceden en el trono monarcas bastante dignos. Cumplen lo que les impone la lógica del poder, es decir la voluntad del uizraor Forsuf, y tratan de consolidar el sistema estatal que aseguraba al uizraor la afluencia tan inagotable del rocío alimenticio rojo (se llama shavva), pero ya no se ven las anteriores fantasías del absolutismo mundial ni los extravagantes proyectos constructores, ni las “antorchas vivas” –cristianos rociados de alquitrán e incendiados– con que alumbraba sus orgías Nerón. La vida estatal toma un cauce más o menos normal. En otras palabras, Forsuf quiere alargar su existencia, pero no se le infunden ya pretensiones al poder universal. El eje del supremo plan demoníaco ha cambiado. La idea de llevar el Imperio Romano a la dominación planetaria se desecha. Se impone otra: apoderarse de la iglesia cristiana por dentro.

Pese a todas las distorsiones que causó en el cristianismo la limitación espiritual de los miles de humanos que lo creaban, la iglesia cristiana (y más tarde las iglesias) se convirtió en la embocadura del



flujo espiritual poderoso que se vertía en la humanidad desde las alturas planetarias. Para el “Espíritu Inteligente”, la iglesia se hizo un factor de importancia primordial y para conquistarla por dentro usó todos los medios: la exclusividad religiosa semítica, el separatismo espiritual griego, la crueldad romana y su afán de lograr la hegemonía política a toda costa.

De todo se valió durante el segundo, tercer, cuarto y quinto siglos de la era cristiana. Para lograr la meta fundamental todo lo conseguido todavía no bastaba, pero bien pudo distraer a la iglesia de sus funciones directas, enturbiarla con el espíritu del odio, arrastrarla al océano de las conmociones políticas, suplantando los imperecederos fines espirituales con los de la actualidad cotidiana, supeditando su mitad oriental al poder de los emperadores y la occidental a las ideas de una teocracia falsamente entendida. La iglesia se erige en potencia universal. ¡Peor para ella!, puesto que la humanidad está muy lejos aún de la altura moral en que se pueda combinar la conducción mundocrática con la pureza ética.

Mi ignorancia me impide, no digo ya dibujar el panorama de esa lucha de diecinueve siglos que libra Gagtungr con las fuerzas del Resucitado, sino ni siquiera trazar sus principales etapas. Tengo claros, más o menos, sólo algunos poquísimos eslabones.

Así, por ejemplo, se esclarece poco a poco el valor metahistórico de la personalidad y la acción de Mahoma. Desde el punto de vista de una de las ortodoxias, musulmana o cristiana, es relativamente fácil dar una valoración, positiva o negativa, de esta actividad. Pero al pretender la objetividad, uno choca inevitablemente con razones y argumentos tan contradictorios, que impiden un juicio definitivo.

Parecería indudable la genialidad religiosa de Mahoma, su sinceridad, su inspiración con ideales sublimes y la especial convicción ígnea de su prédica que denota su condición de genuino profeta, es decir, enviado del mundo celestial. De otro lado, no se entiende en qué, propiamente, su doctrina se muestra más progresista frente al cristianismo; y si su doctrina no es progresista ¿para qué la habrá necesitado la humanidad? Ver en Mahoma a un falso profeta tampoco ayuda a aclarar el problema, porque sería totalmente incomprensible que una doctrina religiosa falsa

haya podido convertirse, no obstante, en un canal que vierte espiritualidad en la masa de numerosos pueblos, elevando a las alturas –por la adoración fervorosa al Dios Uno– a millones y millones de almas.

El conocimiento metahistórico da a estas preguntas una respuesta inesperada que, lamentablemente, es igual de inaceptable tanto para la ortodoxia cristiana como para la musulmana.

Podremos hallar la respuesta correcta sólo al comprobar que Mahoma vino en un momento histórico en que Gagtungr ya tenía preparada la aparición, en la arena histórica, de un falso profeta genuino. Debía ser una figura de magnitud inmensa, porque igualmente inmenso debía ser el peligro espiritual que representaría esta persona para la humanidad. El falso profeta debía arrancar del cristianismo varios pueblos periféricos que acogieron esa religión de modo superficial, arrastrar consigo algunas otras naciones no sumadas aún al cristianismo, y en el propio cristianismo provocar un movimiento muy potente de directa orientación demoníaca. La imperfección de la iglesia cristiana era el suelo en que esa semilla venenosa daría un fruto riquísimo, culminando con el arribo al poder eclesiástico y estatal de un grupo de secuaces de Gagtungr, tanto secretos como manifiestos.

El profeta Mahoma era portador de una misión sublime. Consistía en incorporar al movimiento a la joven y pura nación árabe –que apenas rozó el cristianismo– y provocar con sus fuerzas, en la iglesia cristiana, un movimiento ferviente hacia una reforma religiosa: hacia un cristianismo depurado de los extremos del ascetismo por un lado y de la subordinación de la iglesia a las autoridades estatales por otro; y, finalmente, del absolutismo teocrático que ya conseguía el papado.

Pero Mahoma no sólo era un predicador religioso sino también un genial poeta, incluso más poeta que enviado del mundo celestial: era uno de los más grandes poetas de todos los tiempos. Su genialidad poética, unida a algunas otras propiedades de su naturaleza, lo desvió del camino religioso recto y firme. Una corriente de poderosa imaginación poética irrumpió en el cauce de su creación religiosa, torciendo y enturbiando la revelación que le era dada.

En vez de reformar el cristianismo, Mahoma se permitió apasionarse por la idea de crear una religión nueva y purísima. Y creó una religión.

Pero como no poseía la suficiente revelación para decir una palabra genuinamente nueva después de Cristo, la religión que creó no fue progresista, comparada con la doctrina de Cristo, sino regresiva, aunque no falsa ni demoníaca. Esa religión, en efecto, incorporó en su flujo a pueblos que sin Mahoma habrían caído víctima del ente preparado por Gagtungr.

Por lo tanto, la valoración definitiva de Mahoma no puede ser plenamente positiva o negativa. Sí, fue un profeta y la religión que creó es una de las grandes religiones de mano derecha; sí, la aparición de esta religión preservó a la humanidad de grandes catástrofes espirituales. Pero, al rechazar muchas ideas básicas del cristianismo, esta religión retrocedió hacia un monoteísmo simplificado: en el fondo no ofrece nada nuevo. Así se entiende por qué entre los grandes trans-mitos, entre las cinco pirámides de cristal que brillan en las cimas de Shadanakar, falta el trans-mito del islam.

Aquí señalaré sólo una línea más del plan demoníaco, cuyo conocimiento es necesario para comprender lo que en un futuro deberá erigirse –tanto en la historia como en la metahistoria– en la arteria principal, por así decirlo.

Cuando dije que ningún demonio, por más grandioso que sea, es incapaz de engendrar una sola mónada, esperaba la debida atención a esta circunstancia. Después de encarnado el Logos Planetario, la humanidad se convirtió en la arena decisiva de la batalla y en la mente demoníaca cristalizó un sueño: crear, aunque despacio, un instrumento humano capaz de realizar en el plano histórico una tiranía absoluta y convertir a la población de la tierra en la humanidad diabolizada. De nuevo se mostró la escasez creativa de los principios demoníacos: no lograban inventar nada propio; sólo podían abandonarse a las leyes del pensamiento “del contrario” y figurarse cuadros opuestos, como torcidos por un espejo, a las fuerzas y los caminos de la Providencia. Al Cosmos se oponía el anticosmos; al Logos, el principio de la forma; a la humanidad divinizada, la humanidad diabolizada; a Cristo, el anticristo.

¡El anticristo! Con la introducción de este concepto en la presente explicación ahuyentaré más lectores que los que quizás haya ahuyentado

ya en todos los capítulos anteriores. Este concepto ha sido desacreditado más de una vez: tanto con un contenido trivial, mezquino y vulgar que se le aportaba, como con los abusos de quienes tildaban a sus enemigos políticos de servidores del anticristo, así como con los vaticinios incumplidos de quienes ya vislumbraban en épocas históricas remotas rasgos del reino del anticristo que venía. Pero si con introducir ese concepto espantase diez veces más personas, no obstante, ese concepto de anticristo se introduciría aquí, atado con los cabos más fuertes a toda esta concepción y no se suprimiría de ninguna manera.

Como Gagtungr es incapaz de crear mónadas, y como las mónadas demoníacas no pueden encarnar en la humanidad, le quedaba usar para su designio una de las mónadas humanas.

Por más tenebrosa que sea la misión que realiza un hombre, por más terrible que sea la huella que deja en la historia, todo lo tenebroso no emana de su mónada sino de su shelt. Sólo el shelt puede demonizarse, no la mónada humana. Y aun así, sólo ocurre en rarísimos casos, como al fundador del reino de los igvas o a Klingsor, cuando la personalidad alcanza la máxima claridad de conciencia y comete una apostasía; pero no la comete su mónada sino solamente el shelt. Entonces sucede algo realmente horrible: el ser renuncia a su propia mónada, precisamente porque ella no puede sancionar la apostasía, y se entrega plenamente –el shelt y todas sus envolturas materiales– a la voluntad y el poder de Gagtungr. El vínculo entre la mónada y el shelt se rompe; la mónada se aleja de Shadanakar para volver a empezar su camino en otras branfaturas; y el shelt, o bien se da a alguna mónada demoníaca que, por ciertas razones, aún no tiene shelt, o bien se convierte en el instrumento directo de Gagtungr quien, en parte, compensa la ausencia de la mónada con la acción de su propio espíritu. En ambos casos el shelt se demoniza definitivamente, o sea, su substancia material se transforma poco a poco: la **siayra**, materialidad creada por las fuerzas luminosas de la branfatura, se sustituye con la llamada **agga**, materialidad de origen demoníaco; lo mismo ocurre también con el cuerpo astral. (La distinción estructural entre siayra y agga consiste en que la última carece de microbranfaturas y sus partículas elementales no son seres animados, y hasta en parte racionales como en siayra, sino unidades materiales

indivisibles y muertas. El agga se compone sólo de once tipos de estos antiátomos oscuros, presentando una multitud infinita de sus combinaciones.) Los seres con semejantes sheltos y astrales demonizados ya no pueden nacer en ninguna de las capas que no sean demoníacas. Así la posibilidad de encarnar en la humanidad se excluye para ellos.

Y ya que el proyecto de crear al anticristo preveía, justamente, su encarnación en la humanidad, a Gagtungr le quedaba sólo capturar una mónada humana, quitarle todos los velos de siayra que la revestían, o sea el shelt, el astral y el etérico, y con una labor paulatina crearle nuevos velos de agga. Destruir su shelt anterior, luminoso, no estaba en el poder de Gagtungr pero sí apartarlo de la mónada, como decapitado en lo espiritual, para que así pudiera permanecer en un letargo espiritual infinito en cierta cripta transfísica, en un rincón de Gashsharva.

El rapto de la mónada exigió increíbles esfuerzos y larga preparación. Se logró sólo en el siglo IV de nuestra era, cuando Gagtungr supo arrancar de IroIn una mónada humana antaño encarnada en la humanidad de los titanes y vinculada en aquel momento a un shelt que apenas concluyó su camino de Enrof en forma de un emperador de Roma. Pero el antídios temía que, teniendo un solo ser como éste, una intervención imprevista de la Providencia impidiese su plan demoníaco. Por ello raptó después algunas mónadas más, conformando algo así como una "reserva" o, si se quiere, candidatos a anticristo. Desde la perspectiva histórica se esbozaban las más encarnizadas contiendas entre ellos, debatiéndose el triunfo del más fuerte y afortunado, sobre el que recaería toda la concentración de la labor demoníaca.

Los sheltos de las mónadas robadas, en efecto, ya no podían nacer en ninguna parte. Hasta hoy siguen como tapiados en la profundidad de Gashsharva. Y las mónadas hurtadas –agravadas por los velos materiales de agga, y como atadas de manos o guiadas directamente por Gagtungr– emprendieron el camino del perfeccionamiento demoníaco encarnando de siglo en siglo en la humanidad.

Pronto una de ellas, la antigua mónada del emperador romano, comenzó a adelantarse a otras. El raptor la condujo de encarnación en encarnación, superando su resistencia y logrando al fin la casi total extinción de su voluntad luminosa. Durante la encarnación de ese

increíble ser en el siglo XV resultó que la mónada, en tanto que fuerza autónoma, quedaba definitivamente paralizada y los velos materiales creados para ella hacían que obedeciera cada vez mejor a las órdenes de la inspiración demoníaca, aunque todavía distaba mucho de ejercer todas las potencialidades luciferinas depositadas en ellos.

Aquella encarnación coincidió con el momento culminante de la lucha metahistórica librada dentro de la metacultura Católico–Romana. Tuvo que ver con uno de los intentos de Gagtungr más obvios, dramáticos y siniestros de conquistar la iglesia por dentro, intento que hasta hoy sigue siendo históricamente el último.

Ya he dicho en otro momento que tras la extrema corriente del catolicismo –que ensombreció el fin del medievo y tuvo su expresión más definida en la institución inquisitorial– se ocultaba uno de los horribles engendros de Gagtungr, y las fuerzas de la Luz sólo triunfaron sobre él en el siglo XVIII.

En cuanto al diabólico instrumento humano, apareció en el escenario histórico anteriormente adoptando la forma de luchador activo por la teocracia universal. En la literatura rusa hay una obra sorprendente cuyo autor, sin duda, no podía dejar de poseer el respectivo saber espiritual, aunque éste no fuera por entero patrimonio de su "yo" de vigilia, diurno. Me refiero a la *Leyenda del Gran Inquisidor*. El que deberá ser anticristo en tiempos ya no muy lejanos fue, por así decirlo, pillado por Dostoievski en una de las etapas más importantes de su preexistencia. Es cierto que esta personalidad histórica no tuvo gran renombre: ahora sólo la conocen los especialistas del medievo, por el nombre de una figura de la inquisición española, bastante notable entonces. Fue más o menos en la misma época en que Gagtungr empezó a comprender que fracasaba su intento global de convertir el catolicismo histórico en su servidor ya que era imposible, en general, unir todo el mundo a base de la hierocracia cosmopolita romana. Sin unir la humanidad no era factible la tiranía absoluta, pero para tal unión en cualquier base aún faltaban muchas premisas indispensables.

En otros momentos analizaré algunas colisiones metahistóricas que ocurrieron en los últimos siglos. Como lo preveía Jesucristo, este rumbo evolutivo ha llevado a la proximidad de la batalla que será decisiva,

inevitable por la tradicional agresividad del principio demoníaco y su afán de tiranía universal.

El poderío mundial del que fue Jesucristo ha crecido en estos siglos inmensamente. Si Él volviera a Enrof ahora podría hacer milagros que eclipsarían todos los narrados en el Evangelio y todos los milagros de las leyendas indias y árabes juntos. Pero aún no hace falta. Hasta Su segunda venida faltan aún dos o tres siglos y en este período Él puede alcanzar el poderío suficiente para realizar el mayor acto de la historia y la metahistoria: el cambio de eónes.

El cambio de eónes será el cambio cualitativo de la materia en toda la humanidad; el nacimiento de todos los Sincretis de las metaculturas en cuerpos físicos iluminados aquí en Enrof; el ingreso de los futuros integrantes de la humanidad diabolizada en el largo camino expiatorio en otras capas y el comienzo, en Enrof, de lo que la sagrada Tradición denomina reino milenarista de los justos. El acto de la parusía deberá realizarse al mismo tiempo en multitud de puntos del Enrof terrenal, para que no quede ni un solo ser sin verle a Él ni oírle. En otras palabras, el Logos Planetario deberá alcanzar unas fuerzas increíbles para aparecer simultáneamente en tantos aspectos cuantas conciencias perceptoras habrá entonces en Enrof. Esos aspectos físico-etéricos serán, sin embargo, sólo unas expresiones efímeras de su única Imagen y se unirán a ella para permanecer en el Enrof iluminado. A eso justamente se refiere la profecía de Cristo sobre su segunda venida que será como un rayo resplandeciente de oriente a occidente, para que todos los pueblos y países de la Tierra vean "Al Que Viene" sobre las nubes celestes.

### 3. La Femenidad

Me aproximo a la tesis decisiva. Pero, por muy importante que sea, apenas me atrevo a decir algunas palabras al respecto.

El dogma de la doctrina cristiana que tendré que tocar ahora existe desde hace casi 2.000 años. Se han cuestionado los más diversos dogmas del Credo, sus distintas interpretaciones han provocado cismas, sectas, herejías, etc. Ínfimas diferencias rituales se convertían en verdadero abismo que separaba a los cismáticos de la iglesia dominante. Pero en diecinueve siglos parece que nunca se ha discrepado en lo que se considera el pilar esencial, las tres hipóstasis de la Santísima Trinidad: el Dios-Padre, el Dios-Hijo y el Dios-Espíritu Santo.

No quiero analizar, histórica o psicológicamente, cómo apareció en la iglesia cristiana esta interpretación del carácter Trinitario. No tengo ni los materiales indispensables ni la erudición necesaria para ello. Y si incluso tuviera lo uno y lo otro temería tocar con la lanceta del análisis reflexivo los abismos espirituales más misteriosos en que surgió y se definió, en los primeros siglos después de Cristo, esta idea.

Sólo me permitiré recordar una página de la historia evangélica que creo que no apunta a tal interpretación del misterio Trinitario, sino a otra. Los evangelios canónicos (de Mateo y Lucas) sostienen clara y nítidamente que el Niño Jesús fue concebido por la Virgen María del Espíritu Santo. Se puede concluir, de este modo, que no fue el Dios-Padre el Padre de Cristo-hombre, sino el Espíritu Santo. ¿Pero cómo es posible?

El que el Dios-Hijo tuviera su sempiterno nacimiento del Dios-Padre ¿podía expresarse, en el mundo humano e histórico, de alguna otra manera misteriosa sino únicamente como el nacimiento de Jesús-hombre de las potencias de la Misma hipóstasis? Pero no, la narración evangélica es absolutamente clara. No es tan clara otra cosa: cómo interpreta a la Tercera hipóstasis la iglesia cristiana.

En toda la historia de la iglesia el dogma de la Tercera hipóstasis no terminó de elaborarse. Hasta sorprende el contraste entre la elaboración muy detallada –quizás demasiado– de la doctrina del Dios-Hijo y el casi absoluto vacío, la ausencia de fórmulas dogmáticas, sobre el Espíritu Santo. Pero, en el fondo, no es nada extraño. No es casual que la misma religión cristiana se autodenominara precisamente como cristiana: además de indicar que debe su origen a Cristo, el nombre refleja también que esta religión es la revelación del Dios-Hijo por

excelencia, o sea, no tanto la religión de la Trinidad, sino precisamente la del Hijo. De ahí que los dogmas relativos a las otras hipóstasis resulten demasiado generalizados y borrosos, poco claros, incompletos y a veces hasta contradictorios.

Porque, ¿qué puede ser el Mismo Dios-Padre sino Espíritu? y sólo Espíritu. Y además justamente Santo, a diferencia de todos los demás espíritus por Él creados, porque cada una de las mónadas divinamente creadas, o hasta las divinamente engendradas, pueden escoger –y muchas han escogido– el camino negativo, la apostasía. Pero el Padre –es absolutamente obvio– no puede apartarse de Sí Mismo. Es primo, inmutable e inturbable y se llama Santo justamente en ese sentido.

¿Qué contenido positivo aporta el abstraer del Dios-Padre dos atributos que le son originariamente inherentes: Su espiritualidad y Su santidad? ¿Qué fundamento permite atribuir a esta abstracción el valor absolutamente autónomo de la Tercera persona de la Trinidad? En fin, ¿en qué palabras de Cristo, en qué testimonio de los cuatro evangelios, se puede fundar la doctrina de que el Dios-Padre es una hipóstasis de la Trinidad y el Espíritu Santo otra?

Los evangelios no apuntan a ello. La frase de Cristo aducida como fundamento es su famosa profecía: «Os enviaré el Espíritu Consolador, y os guiará hacia toda la verdad». Las discrepancias a la hora de interpretar estas palabras causaron el gran cisma que cortó el cuerpo único de la iglesia cristiana en dos mitades, la oriental y occidental. Pero ambas interpretaciones partían del postulado común –extrañamente no discutido por nadie– de que en este caso Jesús entendía bajo el espíritu consolador justamente a la Tercera hipóstasis. Pero estas palabras no apuntan en absoluto a que el consolador, que enviará el Salvador Resucitado, es la Tercera hipóstasis, ni siquiera que es una **hipóstasis**. Tampoco se indica que bajo las expresiones Espíritu Consolador y Dios Espíritu Santo, ha de entenderse lo mismo. Es más natural y consecuente, más comprensible desde todos los puntos de vista, otra solución: que el Dios Espíritu Santo es precisamente el Dios-Padre, porque el Dios-Padre no puede ser sino Santo y Espíritu.

Toco aquí tales raíces de la gran doctrina, y opongo mi solitaria voz a un coro tan poderoso e inmenso de tantos siglos, que no se puede

dudar del tono de reacciones si alguien llega a oírla siquiera. Hasta entiendo que, a los ojos de algunos, seré culpable de gran crimen espiritual y se me imputará el único pecado imperdonable (según el Evangelio): la injuria al Espíritu Santo. Declaro solemnemente que adoro al Espíritu Santo, le venero y rezo con tanta devoción como otros cristianos. Y no sólo no veo ninguna injuria para Él, sino ni siquiera el mínimo menoscabo de su imagen en esa idea de que Él es el Dios-Padre y que el Dios-Padre es el Dios Espíritu Santo, y que son dos nombres de la misma –primera– persona de la Santísima Trinidad.

Lo recalco: es mi opinión personal que nada pretende. Creo –eso sí– que con el tiempo muchas personas llegarán a esta conclusión. Ha sido confirmada también por la instancia superior que sigue siendo, para mí, la única autoridad decisiva. Pero creo que nadie está autorizado a insistir en que esa idea es la única y absolutamente cierta, ni dogmáticamente obligatoria.

La instancia legal y obvia facultada para resolver este problema podría ser el Octavo Concilio Ecuménico, en el que los representantes de todas las confesiones cristianas actualmente existentes y la Rosa del Mundo debatirían esta tesis, como también la tesis de que las resoluciones de los concilios ecuménicos en general sean absolutamente ciertas e irrevocables, y tal vez revisarían algunos puntos de la dogmática ortodoxa. Hasta que ello ocurra, nadie en la Rosa del Mundo puede afirmar la plena falsedad del dogma viejo: sólo se puede creer, como lo sugiere la conciencia y la experiencia espiritual propia, y trabajar para unir las iglesias, para resolver todos los malentendidos.

Sin embargo, la idea expresada aquí abre un camino hacia la solución de otro problema no menos cardinal.

Es notorio que desde los gnósticos hasta los pensadores cristianos de inicios del siglo XX se vivió en el cristianismo un sentimiento, confuso pero ferviente, del Principio Mundial Femenino, un sentimiento de que este Principio no es una ilusión, una traslación de las categorías humanas al plano cósmico, sino una realidad espiritual superior. La iglesia quiso, evidentemente, dejar que ese sentimiento se manifestase cuando santificó con su autoridad el culto de la Madre de Dios en

Oriente y el culto de la Madonna en Occidente. En efecto, ante la devota veneración del Principio Maternal –irracionalmente innata en la masa popular– surgió una imagen concreta a la que ella se precipitó. Pero el sentimiento místico de la Eterna Feminidad –como principio cósmico y divino– ha quedado insatisfecho.

La temprana e inapelable dogmatización de la doctrina de las hipóstasis trinitarias puso a los seguidores de este sentimiento en un aprieto. Para no caer en la herejía tuvieron que eludir la cuestión fundamental, callar, a veces identificar la Feminidad Mundial con la Iglesia Universal, o abstraer uno de los atributos de la Deidad –Su Sapiencia– y personificarla bajo el nombre de Santa Sophia. Las instancias eclesiásticas supremas evitaban referirse al tema, de un modo más o menos definitivo, y no se les puede culpar en este caso, porque la idea de la Feminidad Mundial se erige inevitablemente en la idea del aspecto Femenino de la Deidad lo cual, naturalmente, amenaza con romper el dogma sobre las personas de la Santísima Trinidad\*.

He encontrado no pocas personas muy refinadas, cultas e intelectuales, y con indudable experiencia espiritual, que se sorprendían y hasta se ofendían ante un principio que, para ellos, equivalía a trasladar las diferencias de sexo y las categorías humanas en general a mundos de la realidad superior y al misterio de la Deidad Misma. Lo explicaban con la antigua tendencia de nuestra estrecha conciencia humana de antropomorfizar las esferas espirituales. A fuentes muy similares (psicológicamente) se debe, por cierto, la protesta que el estricto monoteísmo mahometano levantó contra la idea Trinitaria y el culto de la Madre de Dios. Por eso también el deísmo y el actual monismo cosmopolita abstracto rechazan –con tanta intransigencia– las nociones

\* Sería muy interesante ver, algún día, un estudio capital dedicado a la historia y la evolución de la idea de la Eterna Feminidad, al menos en las culturas cristianas. Pero tal estudio ganaría mucho al incluir en sus marcos también otras religiones, como mínimo aquellas en cuyos panteones se esbozaron las imágenes de grandes diosas misericordiosas: el hinduismo, el mahayana, las antiguas doctrinas politeístas y, desde luego, el gnosticismo.

de la Trinidad, la creencia en las jerarquías y, por supuesto, la idea de la Eterna Feminidad. Se repite, por ridículo que sea, hasta la acusación de politeísmo que Mahoma lanzó contra el cristianismo hace 1.300 años.

Tales acusaciones se basan, o bien en una comprensión muy simplista de las ideas cristianas, o bien en que no se quiere ahondar en el problema. Ni el cristianismo histórico ni, menos aun, la concepción dada trasladan –en ningún momento– las categorías humanas a la Deidad. Lo que ocurre es esencialmente lo contrario. Nadie duda, desde luego, de la Unidad de Dios: sería ingenuo buscar aquí un retorno a los tiempos de Cartago, Ur o Heliópolis. Las hipóstasis son distintas revelaciones de la Entidad Una en lo externo; es así cómo se revela al mundo y no cómo permanece en Sí. Pero las revelaciones en lo externo son tan absolutamente reales como la permanencia en Sí: por eso las hipóstasis de ninguna manera pueden tomarse por ilusiones o aberraciones de nuestra conciencia.

Revelándose en lo externo, el Uno manifiesta cierta polaridad intrínseca e inherente a Él. La esencia de esta polaridad, dentro de la Deidad, es para nosotros trascendente. Pero cuando se revela en lo externo la percibimos como una polaridad de dos principios que se atraen y no permanecen uno sin otro, que se unen –originaria y sempiternamente– en el amor creador y dan comienzo al principio tercero y final: al Hijo, la Base del Universo, el Logos.

Vertida al Universo, la divinidad conserva esa polaridad que le es inherente; impregna así toda la espiritualidad y toda la materialidad del Universo, con diversas expresiones en los diversos escalones de la existencia. En la capa de la materia inorgánica, accesible a la percepción humana general, esto puede observarse probablemente en la base de lo que llamamos la ley universal de la gravedad, en la polaridad eléctrica y en muchas otras cosas. Y en la materia orgánica de nuestra capa, aquí, esa polaridad de lo Divino se manifiesta en los signos contrarios del principio masculino y femenino. Lo repito y recalco: aquí, porque la polaridad de la Deidad –que sirve de base a esta oposición de signos– no puede entenderse ni en sí misma, ni en su esencia.

Por eso llamamos a la Feminidad Divina la Madre del Logos y, por medio de Él, de todo el Universo. Pero la unión original entre el Padre

y la Madre no cambia Su sempiterna esencia; por eso, justamente, llamamos también a la Madre de los mundos la Siempre Virgen.

De este modo, en la doctrina de la Trinidad y del aspecto Femenino de la Deidad no hay traslación de lo “demasiado humano” a las esferas celestes. Al contrario, la polaridad objetiva de nuestras capas –del principio masculino y femenino– se entiende como proyección de la polaridad existente en la entidad de Dios, inaprehensible para nosotros.

«Dios es amor», dijo san Juan. Pasarán siglos, luego eónes, por fin branfaturas y galaxias; cada uno de nosotros alcanzará, tarde o temprano, el Pleroma –la Plenitud Divina– y entrará en el Seno natal, ya no sólo como hijo sino como hermano de Dios; nuestras actuales nociones de la Deidad se borrarán de la memoria como sombras pálidas, marchitas, innecesarias; pero también entonces la verdad de que Dios es amor, no dejará de ser cierta. Dios no se ama a Sí Mismo (tal suposición sería blasfema), sino que cada Inaprehensibilidad que Él entraña se vuelve con amor hacia la otra, y en ese amor nace lo Tercero: la Base del Universo. Padre–Siempre Virgen Madre–Hijo.

El más excelso de los misterios, el misterio intrínseco de la Deidad, el misterio del amor del Padre y la Madre, está lejos de “reflejarse” en el amor humano, sea como fuese: nada en el mundo finito puede equipararse o parecerse a la esencia de este misterio. Pero tampoco nada en el mundo –menos lo que emana de los principios apóstatas– puede ser ajeno a ese misterio. En el amor humano en general, es decir en el amor a todo lo vivo, se expresa (y no se refleja) la entidad del Trino, entidad que es amor. Y en el amor del hombre y la mujer se expresa (y no se refleja) el misterio intrínseco de la unión del Padre y la Madre, en la medida en que llega a nosotros, refractada por multitud de capas de la escala cósmica. En ello consiste la diferencia radical, ontológica, entre dos esferas de nuestra vida espiritual, que casi nada tienen en común pero que se expresan en nuestro pobre idioma con la misma palabra.

El amor a todo lo existente se convirtió hace tiempo –si no en la práctica, al menos en la idea– en la base religiosa, y no sólo del cristianismo. Es de esperar que el porvenir amplíe cada vez más lo

abarcado por el amor. Es cierto que en las doctrinas irreligiosas de la actualidad se expresa claramente un retroceso hacia un amor de sentido muy estrecho: al colectivo estatal, a sus aliados y partidarios en el extranjero, a la familia y los amigos de uno, nada más. Pero es un fenómeno meramente provisional, condicionado por la época irreligiosa con su moral limitada y rebajada, y no durará más que esta etapa irreligiosa de desarrollo. La siguiente etapa religiosa será nueva porque proclamará e intentará abarcar con el amor a toda la humanidad, a todos los reinos de la Naturaleza y a todas las jerarquías ascendentes\*.

En un futuro remoto se abrirán posibilidades espirituales aún mayores. Hasta será posible y necesario el amor a los demonios. Ya en el pasado algunos santos se elevaron a tal amor. Pero adelantarse, educar en un alma aún no liberada de las tentaciones –y que no ha extendido su amor ni siquiera a la humanidad y al reino animal– un amor hacia los enemigos tradicionales de Dios y de todo lo vivo significaría exponer el camino ascendente de la propia alma. Los demonios sólo esperan que se les compadezca. Pero no lo esperan porque necesiten la compasión (poseídos de soberbia, desprecian la compasión humana) sino porque de esa compasión hacia ellos hay un solo paso para que el hombre dude de su injusticia. Y semejante duda lleva a la tentación y la rebelión teoclasta; y esa rebelión predetermina la cruel retribución para el alma que genera efluvios de sufrimiento, gavvah, en cantidades abundantes que los demonios anhelan para mantener sus fuerzas vitales.

Por eso el amor hacia los demonios es sumamente peligroso para cualquiera, salvo para un alma ya iluminada. Ésta sí que sabrá cómo amar sin compadecerles (porque es imposible compadecer a alguien sin simpatizar con su actividad principal, y la actividad de los demonios sólo apunta al mal), ni regocijarse junto con ellos (porque ellos sólo se

\* En el capítulo dedicado al reino animal, ya se ha señalado la única excepción, la clase de seres vivos que no puede ni debe abarcarse por el amor durante el presente eón: los parásitos. Aquí afrontamos un problema ético que no podemos resolver en el presente peldaño de ascenso. En ese sentido no debe ilusionarse uno en absoluto.

regocijan con lo que es contrario a la Providencia). Este amor podrá expresarse sólo en tenerles la mayor lástima, creer en su iluminación final y disponerse a darlo todo, menos la lealtad a Dios, para iluminarlos.

Pero el amor a todo lo existente sólo es un lado del problema. ¿Qué hacer con el otro lado de nuestra vida –tanto externa como interior– que incluye todo cuanto llamamos amor entre el hombre y la mujer?

“El carbón incandescente” dentro de cada ser, el inexorable instinto de la procreación, fuente de abnegaciones, frenéticas pasiones, límpidas inspiraciones, crímenes, hazañas, vicios y suicidios, ¿es extraño que para los ascetas y los santos ese amor, precisamente, haya sido el escollo más grande?

Se ha tratado de distinguir su ambigüedad interna: al amor corporal le opusieron el platónico; a la pasión efímera, el amor inmutable; a la relación libre, la labor y el deber de la procreación; al libertinaje, el enamoramiento romántico. A veces distinguieron la ambigüedad de los orígenes transfísicos del amor: Afrodita Urania y Afrodita Pandemos del vulgo. Pero en la realidad, en el sentimiento vivo, en las relaciones cotidianas, todo se entrelazaba, se confundía, se trasegaba, se densificaba en un nudo imposible de desatar; y parecía mejor arrancar las raíces mismas de este amor que cerrar con sus matorrales exuberantes el camino del hombre al cielo.

Así empezó en la religión la gran era ascética. No creo que haga falta repetir cómo debieron pactar con su propio espíritu el cristianismo y el budismo, para no degenerar en sectas ascéticas que odian la vida y son odiadas por la vida misma. Santificaron el matrimonio con un sacramento, bendijeron la procreación, pero se siguió considerando –consecuentemente– que el monacato era el estado superior.

Una particularidad del amor, como fuente de variadas tragedias humanas, consiste en que la pasión amorosa puede ser *unilateral*. El amor no perderá esta particularidad suya durante mucho tiempo, hasta el segundo eón. Pero además de estas tragedias, que definiría como primarias, la humanidad –ansioso normalizar la vida cada vez más compleja– creó premisas también para otras tragedias, que ocurren cuando el amor de dos entra en conflicto con la costumbre establecida,

con los criterios sociales o la ley estatal. Cuando un hombre o una mujer ama pero el amor no es correspondido es una tragedia del primer tipo, y nada se puede hacer en tal caso hasta que la humanidad, como decía Dostoievski, «no cambie físicamente». Y cuando dos se aman pero su plena unión, armoniosa y no ensombrecida por nada, se impide por la situación familiar o social de uno de ellos, es una tragedia del segundo tipo. La costumbre y la legislación deben reformarse, con el tiempo, para reducir las tragedias de este tipo al mínimo o a cero.

Es una tarea muy compleja. Es poco probable crear un sistema común de leyes para toda la humanidad en esta esfera: los niveles sociales y culturales, las tradiciones y las psicologías nacionales son demasiado diferentes. No será tarea del órgano legislativo central de la Rosa del Mundo, sino tal vez de sus órganos legislativos en países concretos. Además, es evidente que en este caso, como en los otros, habrá que llevar a la sociedad por estadios sucesivos, porque la solución unilateral negativa, es decir la súbita anulación de restricciones legales, causaría –como lo demostró la experiencia de Rusia– una anarquía moral, que luego obliga al Estado a anular las anulaciones y restituir las prohibiciones. En Rusia sucedió porque las restricciones fueron anuladas maquinalmente, sin que antes se educara en las generaciones el concepto de matrimonio y amor que se necesita para gozar de una libertad tan amplia.

Creo que la única respuesta religiosa correcta al problema del amor entre el hombre y la mujer puede ser esta: el amor es bendito, hermoso y sagrado, en la medida en que es un amor creativo.

¿Qué significa esto?

El amor creativo más difundido en nuestro eón es la procreación y la educación de los hijos; pero no constituye éste el único tipo de amor creativo o creación amorosa, ni mucho menos. La labor conjunta en cualquier campo de la cultura; la educación mutua de las mejores facetas de la personalidad en la pareja; el perfeccionamiento recíproco, la inspiración del compañero para la creación artística, religiosa o cualquier otra; incluso la simple felicidad de un amor joven, fresco, apasionado, que enriquece, fortalece y enaltece a ambos: todo esto es la con–creación



divina, porque lleva a su incremento e iluminación, al aumento del océano mundial de amor y alegría.

Los efluvios de un amor hermoso entre el hombre y la mujer suben a los mundos supremos, reforzándolos. En uno de los capítulos anteriores caracterizamos estos mundos como Oleadas de la Femenidad Mundial. Incluso si ambos amantes encauzan su labor creativa conjunta en un sentido equivocado, si ambos trabajan, digamos, en una dirección dañina para la sociedad, hasta en este caso sólo merece reprobación el sentido de la labor. Pero el impulso de la con-creación que marca al amor, el espíritu de compañerismo, de camino compartido y amistad que lo impregna, cuentan con la bendición de arriba.

Hasta que la humanidad no se transfigure físicamente, el amor entre el hombre y la mujer quedará como atado al instinto de la multiplicación física. Con el tiempo no será así. La creación del amor cambiará su contenido. El concepto de multiplicación física no será aplicable, en absoluto, a la humanidad transfigurada. Entonces las mónadas encarnarán en los cuerpos iluminados, siguiendo un mecanismo absolutamente diferente. Pero en las condiciones de nuestro eón, la forma básica de la creación amorosa sigue siendo el nacimiento de los hijos y su educación.

Al problema educativo se dedican capítulos finales del libro. Y aquí me parece oportuno particularizar las tareas históricas que el nuevo ciclo de épocas, que empieza ahora, plantea ante la mujer, en la educación y en la vida en general.

Tanto hombres como algunas mujeres carentes de la profunda comprensión del principio femenino, a veces afirman decididos que las tareas culturales y creativas de ambos sexos son las mismas y que si hasta ahora en la sociedad, en la política, la ciencia, la técnica, la filosofía, incluso en el arte, la mujer ha sido inferior al hombre –tanto en el volumen como en la importancia de lo creado– sólo se debe a la situación subordinada y oprimida en que se ha mantenido a ella desde siempre.

Es una opinión difundida más de lo que se podría creer. Casi es una perogrullada.

Pero, ¿acaso la mujer siempre y doquier ha permanecido oprimida? Durante los últimos 200 años, en Europa y Rusia, las puertas de la labor creativa en la literatura y las artes han estado abiertas –claro que para las clases privilegiadas– ante las mujeres tanto como ante los hombres. ¿Debo recordar que, habiendo manifestado un talento indudable y adelantado numerosos intérpretes musicales, las mujeres en esos dos siglos (como tampoco en todo el período anterior de la historia universal) no han enriquecido el panteón de genios musicales con un solo nombre?

Es triste señalarlo, pero entre los corifeos de la literatura mundial, a los doscientos o trescientos nombres masculinos sólo corresponden seis o siete femeninos. Hace un siglo, aproximadamente, la mujer logró en muchos países el derecho a la educación universitaria. Y con éxito ha reemplazado al hombre en vastos campos profesionales: en hospitales, laboratorios, cátedras escolares, a veces hasta en expediciones científicas. ¿Pero dónde están las eminentes mujeres científicas que podrían equilibrar cientos de nombres masculinos que el mundo ha conocido en el mismo período? El teatro mundial resplandece, cual cielo estrellado, con formidables actrices. ¿Pero ha habido una sola directora de renombre mundial? ¿Alguien ha oído hablar alguna vez de una mujer que fuese gran filósofo?, ¿gran arquitecto?, ¿gran estadista?, ¿célebre metalurgo, sabio crítico, formidable organizador industrial, afamado ajedrecista? Negar o ignorar estos hechos significa mostrarse totalmente inobjetivo. En vez de negar los hechos, sería más fructífero cambiar el ángulo de vista. ¿Está la mujer menos dotada que el hombre? Es absolutamente indiscutible que en algunos aspectos sí lo es. Y no es menos indiscutible que en otros aspectos posee dotes que el hombre no tiene ni jamás tendrá.

Sería, ciertamente, un absurdo reaccionario negar que la mujer puede ser buen geólogo, esmerado ingeniero, talentoso artista, químico o biólogo cualificado, o dudar que su trabajo en estos campos es útil y valioso. Pero se puede y debe asimilar dos hechos innegables: primero, que la lista de las figuras geniales en estos campos no se ha nutrido, y difícilmente se nutrirá algún día, con nombres femeninos y, segundo, que la mujer es insustituible y altamente dotada en otros sentidos.

La maternidad, la educación de los niños, la creación del hogar, el cuidado de los enfermos y su tratamiento, el saneamiento ético de los delincuentes, la transformación de la naturaleza, el perfeccionamiento de los animales, algunos cauces de la vida religiosa, la creación del amor, y, finalmente, la fecundación creadora del alma del ser amado: es en ello donde la mujer resulta irremplazable e infinitamente talentosa.

En el primero y el último de esos tipos de creación ella es absolutamente insustituible. Y en los demás el hombre le cede en la misma medida en que ella le cede en el campo de la actividad estatal, o de las ciencias técnicas. Porque aquí se requiere justamente la cualidad anímica femenina y femenil: suavidad, ternura amorosa, abnegación, insistencia paciente, solicitud, delicadeza, cordialidad, atención.

En la creación superior sucede algo contrario a lo que observamos en el mundo físico: allí el principio fecundador es la mujer, y el formalizador y realizador el hombre. La *Divina Comedia* fue fruto de dos y sin Beatriz no hubiera nacido, como tampoco sin Dante. Y si ahondáramos en el proceso creador de la mayoría de grandes artistas veríamos que fue la mujer quien sembró la semilla espiritual de sus inmortales obras, en lo hondo de su subconsciente, en los recónditos escondrijos creativos. La idea de levantar, en Weimar, un monumento a Ulrice von Levetzow, que inspiró maravillosos versos de Goethe, es justa y profunda. No importa si en la mayoría de las biografías artísticas es difícil descubrir, con métodos externos, los nombres femeninos que merecen el agradecimiento de la posteridad en la misma medida que los artistas: ni los mismos artistas saben, a veces, a quién deben las semillas de sus creaciones. Cada uno lo sabrá en su tiempo y en su lugar, ya fuera de Enrof.

Durante milenios sobreabundó en la humanidad el principio viril y masculino: fuerza, audacia, arrogancia, valentía, anhelo de seguir adelante, crueldad, belicosidad. Hay un dicho español que amarga nuestra conciencia e indigna nuestra moral: «El hombre debe ser bravío»\*. Lamentablemente, el pueblo creador del dicho lo ha justificado bastante.

\* Versión literal. (N. del T.)

La inhumanidad de los conquistadores y las atrocidades de la inquisición española ensombrecieron las páginas de la historia universal con cuadros tan feroces que el mal irradiado por ellos sigue influyendo en las almas hasta ahora.

Por cierto que muchos otros pueblos poco han cedido a los españoles en este campo. Milenio tras milenio han inundado la faz de la tierra oleadas de guerras, motines, revoluciones, terrores, masacres rabiosas e implacables: las incontables gotas que componen estas oleadas son voluntades masculinas y corazones masculinos. A veces hablan de la crueldad femenina. ¡Dios mío!, ¿acaso los mares de sangre vertidos por los gengiskanes, timures, napoleones; las torturas de las mazmorras, la furia del terror jacobino, los desenfrenos de las conquistas coloniales, las represiones masivas de las dictaduras fascistas y otras, han sido iniciados y encabezados por las mujeres? La historia conoce mujeres envenenadoras, fratricidas, infanticidas, sádicas ingeniosas; pero no conoce a ninguna cuya importancia histórica se equiparara a la de Tiberio y Nerón, Asaradón y Ala-ed-din, Torquemada y Pizarro, el duque de Alba y Robespierre, Iván el Terrible y Skurátov, Himmler y Beria.

El tímido principio femenino, acorralado en lo hondo de las células familiares, se salvó de la destrucción sólo porque, sin él, el hombre es estéril como un plomo y porque la continuidad física del género humano es imposible sin la mujer.

Y ahora se ha anunciado que no sólo el hombre, sino también la mujer debe ser viril. Si por la virilidad se entiende coraje y firmeza en la lucha de la vida, es cierto. Pero si por la feminidad no se entiende cierta conducta y modales, melindrería y sentimentalismo, sino una combinación de afecto, gracia interior, ternura y capacidad de sacrificio cotidiano para los seres amados, entonces no sólo la mujer sino también el hombre ha de ser femenil.

¿Cuándo llegará por fin la humanidad a la época en que una virilidad falsamente entendida no haga del hombre un conquistador bravío, un pendenciero engreído por su brutalidad, un híbrido de pavo y tigre? ¿Cuándo dejarán de inculcarle una falsa vergüenza ante su propia ternura disimulada, pisoteada y violada por él mismo? Costará trabajo superar este milenario complejo de prejuicios, prevenciones, mutilaciones del

alma e instintos atávicos; pero es necesario superarlos, cueste lo que cueste.

En la metahistoria moderna ocurre el suceso más misterioso: en nuestra branfatura se vierten nuevas potencias creativas y divinas. Desde tiempos antiguos soñaron con este suceso los corazones más sublimes, las mentes más sutilizadas. Y ya ocurre.

El primer eslabón de este suceso –cuya trascendencia sólo es comparable a la encarnación del Logos Planetario– tuvo lugar en el linde del siglo XIX. Las potencias de la Siempre Virgen–Madre se vertieron, pero no en forma impersonal como ya había ocurrido dos veces en la historia humana, sino inmensamente reforzadas por su carácter personal. Desde las alturas del Universo descendió a Shadanakar una gran mónada divinamente engendrada. Entonces entró en Raoris, una de las capas supremas de nuestra branfatura.

Casi un siglo después, la videncia de Rarois le fue dada a Vladímir Soloviov cuando, en el desierto Egipcio en una noche de estrellas, vivió una sorprendente irrupción de conciencia y avistó, con sus ojos, a esta Gran Entidad Femenina.

A Ella, Preclara y Benigna, expresión de la hipóstasis Femenina de la Trinidad, la llamamos Zventa–Sventana.

Ahora su morada está en Báyushmi, una esfera en la sacuala de las Oleadas de la Femenidad Mundial. Mas se acerca el día de su anhelado descenso a una de las supremas urbes de las metaculturas. Allí nacerá en un cuerpo etérico iluminado, hija del demiurgo y una de las Grandes Hermanas. Con Ella bajarán a este zatomis, desde la Élite de Shadanakar, multitud de almas sublimes más.

¡Ella es nuestra esperanza y confianza, Luz y Belleza Divina! Porque este nacimiento se reflejará en nuestra historia con lo que verán nuestros nietos y bisnietos: con la fundación de la Rosa del Mundo y su difusión por los ámbitos humanos de todos los países. Si el terrible derrumbe de la humanidad no la precipita al abismo de las tinieblas, la Rosa del Mundo llegará al poder supremo sobre toda la Tierra.

Oh, esto no significará aún el triunfo definitivo de las fuerzas de la Luz: ¡recordemos a los jinetes del Apocalipsis! Sólo que la sucesión

de los jinetes en la historia no es la que predijo el profeta en la isla de Patmos. Primero pasó el Negro: la era del dominio hierocrático en la base feudal. Ahora concluye su camino el segundo jinete, el Rojo: cualquiera entenderá qué entraña este símbolo. ¡Esperamos y confiamos en el jinete Blanco: la Rosa del Mundo, la edad de oro de la humanidad! Pero nada impedirá la llegada del último jinete, el Bayo: Gagtungr logrará que nazca en forma humana aquél a quien prepara ya durante tantos siglos.

Pero durante su dominio la Rosa del Mundo logrará la reducción incontable de víctimas espirituales. Podrá educar varias generaciones de imagen ennoblecida. Reforzará el espíritu en millones, en miles de millones de vacilantes. Advirtiendo sobre el venidero anticristo y –cuando venga– apuntando a él y desenmascarándolo, cultivando en los corazones humanos una fe incommovible y en la mente una comprensión de las perspectivas metahistóricas y panoramas espirituales mundiales, inmunizará a generaciones y generaciones contra las tentaciones del venidero engendro de las tinieblas.

Y no sólo la Rosa del Mundo reflejará en Enrof el misterioso nacimiento de Zventa–Sventana \* en uno de los zatómises: las fuerzas femeninas aumentan su importancia por doquier en la actualidad. Ello, ante todo, condiciona el anhelo universal de la paz, la repulsión de la sangre, la desilusión en los métodos violentos de las transformaciones, la creciente importancia social de la mujer, la mayor ternura y cuidado de los niños, la ardiente sed de belleza y amor. Entramos en un ciclo de épocas en que el alma femenina se hará cada vez más pura y ancha; un número creciente de mujeres serán profundas inspiradoras, sensibles

\* Como ya he dicho, la fonética de Enrof no puede reproducir exactamente el idioma del Sincretis del Mundo: cada una de sus palabras posee algo así como un acorde de consonancias y otro de significados; y se acompaña, además, de fenómenos lumínicos. El sentido aproximado del nombre Zventa–Sventana es: “La Luminísima de las luminosas y la Santísima de las santas”. El nombre tiene una raíz eslava porque el zatomis de Su nacimiento se vincula a los pueblos eslavos por excelencia.

madres, sabias conductoras, perspicaces orientadoras de los humanos. Será un ciclo de épocas en que lo femenino se revelará en la humanidad con una intensidad sin precedentes, equilibrando la autocracia de los principios masculinos, hasta lograr la armonía perfecta. El que tenga ojos, que vea.

## VI

### POSIBILIDADES

#### 1. El príncipe de las tinieblas

Muchas cosas percibo con diversas formas de la visión interna: con los ojos de la fantasía, con la vista para la creación artística y el presentimiento espiritual. También veo algo con la vista que anticipa lo que ha de venir. Pero todo cuanto veo por delante es deseado por mí; y a menudo hago, tal vez, una sustitución inadvertida, cambiando lo que está predestinado a existir por algo deseable. Mas ahora la mirada se dirige a la oscuridad ulterior de los tiempos, donde se divisa algo que no es deseable ni regocijante, sino odiado y espantoso.

¿No es extraño que la Rosa del Mundo, tras dominar durante largo tiempo sobre la humanidad, no pueda, sin embargo, impedir la venida del príncipe de las tinieblas? Pues no podrá. Para el grandísimo infortunio de todos, no podrá hacerlo. Y no podrá aunque aspirará con todas sus fuerzas a aplazar su llegada, a fin de fortalecer para la lucha contra él al mayor número de mentes y corazones humanos.

Con la solución favorable de una serie de dilemas históricos, la Rosa del Mundo logrará instaurar sobre la tierra las condiciones para el Siglo de Oro. Suprimirá la violencia estatal y social. Eliminará cualquier explotación. Atenuará el principio depredador en el hombre. Moderará las costumbres de los pueblos hasta el punto que nos insinúan los sueños